



## ARANDA PÉREZ, Francisco José, y MARTÍN LÓPEZ, David (coords.), *La Toledo que alentó al Greco. Paseos por la ciudad que confortó a un artista sorprendente*

Jesús Ángel Sánchez Rivera  
Universidad Complutense de Madrid (España)  
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4333-4559>  
[jasanchezrivera@edu.ucm.es](mailto:jasanchezrivera@edu.ucm.es)

### RESUMEN

Reseña: ARANDA PÉREZ, Francisco José, y MARTÍN LÓPEZ, David (coords.), *La Toledo que alentó al Greco. Paseos por la ciudad que confortó a un artista sorprendente*. Toledo: Antonio Pareja Editor, 2017; 423 págs.

### PALABRAS CLAVE

Historia cultural; Historia socioeconómica; Renacimiento; Barroco; Toledo.

«Pasado el tiempo, la ciudad y el artista fueron uno –escribíamos en 2014–, y allí donde Doménikos había realizado su primer encargo público de relevancia en España, la iglesia monacal de Santo Domingo el Antiguo, fue enterrado –aunque no por mucho tiempo– un 7 de abril de 1614»<sup>1</sup>. Como si fuera preso de un destino extraño y especular, El Greco recorrió el Mediterráneo de Oriente a Occidente, cruzó el umbral entre el Quinientos y el Seiscientos e, invertidas las dos últimas cifras de su año de nacimiento (de 1541 a 1614), acabó donde comenzó: Doménikos en Santo Domingo, Theotokópoulos en Toledo.

Con motivo de la feliz conmemoración del IV Centenario del fallecimiento del artista, se gestó el libro ahora reseñado –aunque diversos motivos retrasaron su edición hasta 2017–, coordinado por Francisco José Aranda Pérez y David Martín López, profesores de la Universidad de Castilla-La Mancha y reconocidos especialistas en la ciudad de Toledo. El libro se compone de 14 capítulos –número emblemático de la nota biográfica del artista–, a los que se suma una breve introducción de los coordinadores y el apartado bibliográfico que lo clausura. El enunciado de todos estos epígrafes presenta un denominador común, el nombre de Toledo, que resuena como un eco legendario a través de sus más de cuatrocientas páginas. Son doce los autores que firman los ensayos que, como en uno de los apostolados del pintor, ofrecen una extraordinaria galería de retratos, en este caso, imágenes variopintas de la célebre ciudad. A medio camino entre la alta divulgación y una obra especializada de tono ensayístico, esta publicación está llamada a ser un importante referente para quienes quieran conocer la historia y la cultura de la urbe castellana entre la segunda mitad del siglo XVI y las primeras décadas de la siguiente centuria.

El primero de los capítulos aborda la condición de Toledo como *Urbs Regia*, que más tarde devino en el título de “Ciudad Imperial”, primacía que se rompería con el establecimiento de la Corte en la Villa de Madrid (1561). Bien señala su autor, Antonio Casado, que la pérdida de protagonismo a raíz de este hecho fue lenta y progresiva, y aún a comienzos del siglo XVII en ciertos círculos se pensaba que la Corte podía regresar. Se describe con gran acierto una Toledo saturada, donde diversos estratos sociales se arracimaban dentro de sus murallas –y en torno a ellas–, generando una rica actividad agrícola, artesanal, comercial, religiosa, burocrática e intelectual. A fines del Quinientos, la vida bullía en una ciudad verdaderamente cosmopolita, sólo

<sup>1</sup> Jesús Ángel SÁNCHEZ RIVERA, “Cuatro siglos sin El Greco”, *Tribuna Complutense*, nº 149 (diciembre 2014), p. 14.

comparable en la Península Ibérica con la áurea Sevilla o con Lisboa. El segundo ensayo, firmado por José María Nombela, sirve, en cierto modo, como complemento del anterior. Entreverado con numerosos textos de la época (de Cervantes, Mateo Alemán o Tirso de Molina, entre otros), ofrece una imagen muy vívida de la urbe. Los recorridos que traza por sus calles y plazas muestran las diversas actividades económicas desarrolladas en aquellos espacios hormigueantes de relaciones sociales.

En una publicación alumbrada en torno a la figura del Greco no podía faltar un capítulo dedicada a la actividad artística. “Toledo, manierista”, de Luis A. Pérez Velarde, dibuja el ambiente artístico toledano –centrándose en la pintura– coetáneo al cretense. Como es sabido, el papel preponderante de la Iglesia toledana, enardecida al calor de la Reforma católica, resultaría crucial para la proliferación y atracción de numerosos artistas que trabajaron en su poderosa Archidiócesis. Pintores como Luis de Velasco, Blas de Prado o Luis de Carvajal, fuertemente impregnados por las realizaciones escorialenses, desarrollarían gran parte de su producción para las iglesias, conventos y cofradías de la ciudad y su ámbito de influencia. Un poco más tarde aparecerían otros pintores en la escena toledana, como fray Juan Sánchez Cotán, Diego de Aguilar «el Joven» –con un estilo más arcaizante–, Antón Pizarro –a quien Ceán hizo discípulo del Greco–, Jorge Manuel Theotocópuli –carente del talento creativo de su padre– y Alejandro de Loarte. Juan Bautista Maíno y Luis Tristán, tras una formación inicial en el taller del cretense, pudieron ampliar sus conocimientos en Italia, como también lo haría Pedro de Orrente, incorporando ciertas novedades de la pintura romana, boloñesa, lombarda y veneciana. A todo ello se sumó la presencia de obras y artistas italianos (Saraceni, Borghiani, Cavarozzi) y copias caravaggiescas, enriqueciendo e impulsando aquel arte hacia nuevos horizontes estéticos.

El contexto socio-religioso de la época, marcado por la Reforma religiosa emanada del Concilio de Trento es otro de los temas ineludibles. Así, el capítulo de David Martín López trata sobre el impulso de los concilios provinciales y sínodos diocesanos, la proliferación de una literatura religiosa *contrarreformista*, las prácticas religiosas como manifestación pública de la piedad y el uso de las imágenes sagradas –asunto crucial para comprender la pintura del Greco–. En estrecha relación con la Reforma trentina, el Humanismo hispánico se erige como otro tema capital. Ignacio J. García Pinilla ofrece un excelente repaso por los nombres más sobresalientes del humanismo toledano, con interesantes observaciones sobre sus vínculos con la Universidad de Alcalá de Henares y sobre un buen número de las nutridas bibliotecas que aquellos atesoraron. Mención aparte merecen los griegos y helenistas establecidos en la ciudad, pues algunos formaron parte del círculo de intelectuales con los que se relacionó el candiota. Sin duda, muchos de estos hombres de letras le alentarían a través de las conversaciones mantenidas, o de las ayudas y encargos puntuales que le brindarían; retratos como el de *Antonio de Covarrubias* (Museo del Greco, Toledo), *Jerónimo de Cevallos* (Museo del Prado, Madrid) o *Fray Hortensio Félix de Paravicino* (Museum of Fine Arts, Boston) son elocuentes testimonios de aquellos contactos.

Inmaculada García-Cervigón se ocupa de las imprentas toledanas durante el tiempo que vivió el pintor en la ciudad. Desgrana parte de la producción editorial de los talleres más importantes, dirigidos por impresores como Juan de la Plaza, Francisco de Guzmán y Diego de Ayala, sin olvidar la impresión de indulgencias que monopolizó el convento dominico de San Pedro Mártir u otros centros de menor relevancia. Un breve recorrido por la presencia de libros en las pinturas del Greco cierra este ensayo, con interesantes observaciones acerca de obras bien conocidas. Por supuesto, son sólo algunas de las que podrían citarse a propósito de este asunto, pues faltan alusiones a otras personas retratados con libros (el *Fraille trinitario calzado* conservado en Kansas City, el párroco Andrés Núñez de Madrid en *El entierro del Señor de Orgaz*, el retrato póstumo del *Cardenal Tavera*), personajes bíblicos (varias Anunciaciones, la *Asunción* que hiciera para Santo Domingo el Antiguo, o la bellísima *Magdalena* de Budapest, entre otras) y santos diversos al margen de los apóstoles.

Por otra parte, la presencia del Greco en ciertos documentos, fruto de sus actividades profesionales y personales, sirve a Luis Escudero para ahondar en diferentes tipos documentales, poniéndolos en relación con el sistema administrativo –civil y eclesiástico– y los trámites burocráticos de su época.

Las principales instituciones educativas son objeto de estudio por parte de David Martín. El colegio de Santa Catalina, el colegio de Doncellas Nobles y el colegio de Infantes, el colegio de San Bernardino, el colegio jesuita de San Eugenio y San Ildefonso, y, finalmente, la Universidad, hicieron que Toledo se viniera a sumar a otras ciudades de mayor tradición y peso en este ámbito (Salamanca, Valladolid y Alcalá de Henares). Martín señala el nexo común a todas aquellas: su vinculación con la Iglesia toledana, en especial con la Sede Primada y su Cabildo.

“Toledo, ¡y cierra España!” es el título del noveno ensayo, en el que el profesor Aranda trae al recuerdo conocidos personajes literarios, cuyas andanzas por las calles y los caminos toledanos permiten un acercamiento a una realidad ficticia que no era sino (fiel) reflejo de otra histórica; emergen así las composiciones de Garcilaso de la Vega, el *Lazarillo de Tormes*, las *Novelas ejemplares*, el *Quijote* o el *Persiles* de Cervantes, el *Criticón* de Gracián o los *Cigarrales de Toledo* de Tirso de Molina. Del mismo modo, el autor refiere las academias y justas poéticas o las diversas celebraciones religiosas organizadas en la ciudad, cuyo caldo de cultivo, estimulante y nutricional, alimentó durante décadas su ambiente literario. Tampoco olvida la literatura de viajeros y diplomáticos, siempre fuente de nuevas miradas desde cierta *alteridad*. Por otro lado, se aborda la creación del «mito historiográfico» de Toledo, alimentado desde el ámbito local (Pedro de Alcocer, Francisco de Pisa) y pronto incardinado en la *Historia General de España* (Juan de Mariana), que sirve de brillante colofón del ensayo.

Isidoro Castañeda se ocupa, con gran penetración analítica, de la cultura festiva, en la que, a menudo, lo sacro –que casi todo lo impregnaba– y lo profano –presente, de un modo u otro, casi siempre– se entretajan. Las numerosas festividades del calendario litúrgico, como el *Corpus Christi*, canonizaciones, sínodos diocesanos, exequias, visitas de legados pontificios y fiestas regias de diversa índole, entre otras, concitaban a la sociedad toledana, transformando la trama urbana y modelando su conciencia cívica. Acompañan el discurso diversos testimonios escritos que, sumados a los escasos vestigios materiales conservados, dan buena cuenta de estas celebraciones efímeras.

Diferentes estratos sociales son analizados en varios capítulos. Así, “Toledo, segunda Roma” –expresión convertida en un auténtico tópico historiográfico– se ocupa de la poderosa Iglesia toledana, “Primada de las Españas”, y del orden jerárquico de un estamento, el eclesial, que vivía –como toda la ciudad– “a la sombra del Arzobispo”; el cabildo catedralicio, auténtica elite social, y las parroquias, monasterios, conventos, beaterios, colegios y hospitales componían un rico mosaico que Alfredo Rodríguez González describe atinadamente. El estado de la nobleza toledana es desgranado por Miguel F. Gómez Vozmediano, señalando los principales linajes y títulos ligados a la urbe castellana, y aproximación a sus *modi vivendi*; un sinfín de apellidos conformaron la intrincada trama de su oligarquía local (Álvarez de Toledo, Ayala, Cárdenas, Carrillo de Albornoz, Castilla, Guzmán, Manrique, Mendoza, Niño, Pacheco, Zapata...). Asimismo, las capas sociales más desfavorecidas son objeto de estudio por parte de Francisco Javier Moreno, sobre la base de los valiosos estudios de Martz y Porres; moriscos, mendigos, prostitutas, esclavos, inmigrantes precarios... formaban el mísero reverso común a todo centro de poder en la época. Para auxiliar a los más necesitados, a la llegada del Greco Toledo contaba con 28 instituciones que podrían calificarse como hospitales o centros asistenciales. Entre ellos, destacaron el hospital de la Santa Cruz y el de San Juan Bautista –vulgo de Afuera o Tavera–, excelsos ejemplos de arquitectura en la España de la Edad Moderna.

“*Quo vadis, Toletum?*”. Éste es el sugerente título del último de los capítulos, en el que el profesor Aranda analiza el lento declinar de la urbe, que, avanzando el Seiscientos, acabaría fosilizada –o aletargada– a la orilla del Tajo, como pareció preludir El Greco pintando la *Vista de Toledo* (Metropolitan Museum of Art, Nueva York). Su escrito es el último de este recorrido coral por la *Dives toletana* en torno a la presencia rutilante del genial artista.

La ausencia de notas o llamadas en el texto permite una lectura fluida a lo largo de sus páginas –aunque habrá quien eche en falta estas referencias eruditas–. No obstante, la selección bibliográfica del final constituye una ayuda más que suficiente para orientar a los lectores más avezados. Además, los amantes de la Ciudad Imperial y de su historia sabrán apreciar el esfuerzo editorial realizado, más aún en estos tiempos de precariedades y ediciones digitales en alza. La publicación está profusamente ilustrada con un amplio repertorio de imágenes, que se convierten en un apoyo indispensable para cada uno de los ensayos.

En definitiva, *La Toledo que alentó al Greco* ofrece, a nuestro juicio, una suerte de composición polifónica de extraordinario valor para el conocimiento histórico de la inveterada urbe, que descansa, melancólica, al abrazo de las vivificantes aguas del Tajo.